

forma pasajera. Pero esta conciencia no les ha llevado más que a discutir sobre los medios dialécticos y no sobre la dialéctica misma, y mucho menos sobre su objeto: la verdad. Y si aquélla, por un milagro, les ha mantenido ocupados, es porque la consideran un objetivo, y no en sí misma. La objetividad de la certeza, esto es lo que se disputaban abiertamente: la realidad de la certeza, nadie había pensado en ella.

Los caracteres de la certeza varían según los sistemas personales de los filósofos, de la certeza común hasta el escepticismo ideal de ciertos incrédulos. Pero si fuera reducida, por ejemplo, a la conciencia del ser, la certeza se presenta para todos sus escrutadores con caracteres propios y definibles que permiten distinguirla del error. La certeza es realidad. De esta creencia fundamental procede el éxito de la famosa doctrina cartesiana sobre la evidencia.

No hemos acabado de descubrir aún los estragos de esta ilusión. Parece que nada ha constituido jamás un escollo tan insalvable para el desarrollo del espíritu como este sofisma de la evidencia que halagaba a una de las formas de pensar más comunes de los hombres. La encontramos en la base de toda lógica. Es ella la que resuelve cualquier proposición que el hombre enuncie. El hombre deduce recurriendo a ella. Y al recurrir a ella, saca sus conclusiones. Y es así como se alcanza una verdad cambiante, y siempre evidente, de la que en vano se pregunta por qué no llega jamás a satisfacerle.

Ahora bien, se trata de un reino tenebroso que los ojos del hombre procuran evitar, ya que este paisaje no le agrada en lo más mínimo. Esta oscuridad, de la que pretenden prescindir para describir la luz, es el error con sus caracteres desconocidos, el error que, tan sólo él, podría atestiguar la

fugitiva realidad a aquel que la hubiera examinado en sí misma. Pero ¿quién no comprende que el rostro del error y el de la verdad no podrían tener rasgos diferentes? El error viene acompañado de la certeza. El error se impone por la evidencia. Y todo cuanto se diga de la verdad, sea dicho también del error: no cabría equivocarse. No existiría el error sin el sentimiento mismo de la evidencia. Sin él, jamás se detendría uno en el error.

Me encontraba en este punto de mis pensamientos, cuando, sin que nada hubiera revelado su proximidad, la primavera penetró súbitamente en el mundo.

Ocurrió la tarde de un sábado a eso de las cinco: de pronto, ya está, todo se baña en otra luz y, no obstante, hace todavía mucho frío, imposible decir qué es lo que acaba de ocurrir. Sucede que el hilo de los pensamientos cambia su curso; siguen éstos a la deriva una preocupación imperiosa. Acaban de abrir la tapadera de la caja. Ya no soy dueño de mí mismo, de tan libre como me siento. Es inútil emprender nada. No perseguiré nada mientras haga este tiempo paradisíaco. Soy el ludión de mis sentidos y del azar. Soy como un jugador sentado en la ruleta, no se les ocurra decirle que coloque su dinero en el petróleo, o se reirá en sus narices. Estoy en la ruleta de mi cuerpo y juego con el rojo. Todo me distrae indefinidamente, salvo mi misma distracción. Un sentimiento noble me impulsa a preferir este abandono a todo lo demás y prestaría oídos sordos a los reproches que pudierais hacerme. En vez de ocuparse de la conducta de los hombres, es preferible observar cómo pasan las mujeres. Son como instantáneos fulgores, resplandores aún no despojados de sus pieles, misterios luminosos y cam-



forma pasajera. Pero esta conciencia no les ha llevado más que a discutir sobre los medios dialécticos y no sobre la dialéctica misma, y mucho menos sobre su objeto: la verdad. Y si aquélla, por un milagro, les ha mantenido ocupados, es porque la consideran un objetivo, y no en sí misma. La objetividad de la certeza, esto es lo que se disputaban abiertamente: la realidad de la certeza, nadie había pensado en ella.

Los caracteres de la certeza varían según los sistemas personales de los filósofos, de la certeza común hasta el escepticismo ideal de ciertos incrédulos. Pero si fuera reducida, por ejemplo, a la conciencia del ser, la certeza se presenta para todos sus escrutadores con caracteres propios y definibles que permiten distinguirla del error. La certeza es realidad. De esta creencia fundamental procede el éxito de la famosa doctrina cartesiana sobre la evidencia.

No hemos acabado de descubrir aún los estragos de esta ilusión. Parece que nada ha constituido jamás un escollo tan insalvable para el desarrollo del espíritu como este sofisma de la evidencia que halagaba a una de las formas de pensar más comunes de los hombres. La encontramos en la base de toda lógica. Es ella la que resuelve cualquier proposición que el hombre enuncie. El hombre deduce recurriendo a ella. Y al recurrir a ella, saca sus conclusiones. Y es así como se alcanza una verdad cambiante, y siempre evidente, de la que en vano se pregunta por qué no llega jamás a satisfacerle.

Ahora bien, se trata de un reino tenebroso que los ojos del hombre procuran evitar, ya que este paisaje no le agrada en lo más mínimo. Esta oscuridad, de la que pretenden prescindir para describir la luz, es el error con sus caracteres desconocidos, el error que, tan sólo él, podría atestiguar la

fugitiva realidad a aquel que la hubiera examinado en sí misma. Pero ¿quién no comprende que el rostro del error y el de la verdad no podrían tener rasgos diferentes? El error viene acompañado de la certeza. El error se impone por la evidencia. Y todo cuanto se diga de la verdad, sea dicho también del error: no cabría equivocarse. No existiría el error sin el sentimiento mismo de la evidencia. Sin él, jamás se detendría uno en el error.

Me encontraba en este punto de mis pensamientos, cuando, sin que nada hubiera revelado su proximidad, la primavera penetró súbitamente en el mundo.

Ocurrió la tarde de un sábado a eso de las cinco: de pronto, ya está, todo se baña en otra luz y, no obstante, hace todavía mucho frío, imposible decir qué es lo que acaba de ocurrir. Sucede que el hilo de los pensamientos cambia su curso; siguen éstos a la deriva una preocupación imperiosa. Acaban de abrir la tapadera de la caja. Ya no soy dueño de mí mismo, de tan libre como me siento. Es inútil emprender nada. No perseguiré nada mientras haga este tiempo paradisíaco. Soy el ludión de mis sentidos y del azar. Soy como un jugador sentado en la ruleta, no se les ocurra decirle que coloque su dinero en el petróleo, o se reirá en sus narices. Estoy en la ruleta de mi cuerpo y juego con el rojo. Todo me distrae indefinidamente, salvo mi misma distracción. Un sentimiento noble me impulsa a preferir este abandono a todo lo demás y prestaría oídos sordos a los reproches que pudierais hacerme. En vez de ocuparse de la conducta de los hombres, es preferible observar cómo pasan las mujeres. Son como instantáneos fulgores, resplandores aún no despojados de sus pieles, misterios luminosos y cam-

biantes. No, no quería morir sin haberme acercado a cada una de ellas, sin haberle tocado al menos la mano, sin haberla sentido doblegarse, que ella renuncie bajo esta presión a resistirse y después ¡lárgate! A veces ocurre que uno llega tarde por la noche a casa, después de haberse cruzado con no sé cuántas de estas reverberaciones deseables, sin haber intentado apoderarse de una de estas vidas ofrecidas imprudentemente a mi alcance. Entonces, al desvestirme, me pregunto con desprecio qué es lo que hago en el mundo. ¿Es ésta una manera de vivir?, ¿no debería volver a salir a la búsqueda de mi presa, para ser yo mismo la presa de alguien allí en lo más profundo de la sombra? Los sentimientos han establecido finalmente su hegemonía en la tierra. ¿Qué podría hacer aquí en lo sucesivo la razón? Razón, razón, oh fantasma abstracto del insomnio, ya te había arrojado de mis sueños, héme aquí en el punto donde ellos van a confundirse con las realidades de la apariencia: no hay aquí lugar más que para mí. En vano la razón me denuncia la tiranía de la sensualidad. En vano me pone en guardia contra el error, que ahora reina aquí. Entrad, Señora, éste es mi cuerpo, éste es su trono. Acaricio mi delirio, como a un joven caballo. Falsa dualidad del hombre, déjame soñar un poco en tu mentira.

Todas las ideas que me he hecho del universo sólo puedo creerlas verdaderas después de haberlas sometido a un examen abstracto, por lo que me he acostumbrado a pensar dando mil rodeos. Me han transmitido este espíritu de análisis, este espíritu y esta necesidad. Y como el hombre que se desprende del sueño, tengo que hacer un doloroso esfuerzo para pensar simplemente, tan natural como parece, según lo que veo y lo que toco. ¿Puede, no obstante,

el conocimiento que procede de la razón oponerse, por un instante, al conocimiento sensible? Sin duda, la gente vulgar que sólo se remite a éste y desprecia a aquél, me muestra su desdén en el que poco a poco ha ido cayendo todo cuanto procede de los sentidos. Pero cuando los hombres más sabios me demuestren que la luz es una vibración, logren calcular su longitud de onda, cualquiera que sea el fruto de sus razonables trabajos, no lograrán disuadirme de aquello que me importa de la luz, de lo que de ella me enseñan mis ojos, de lo que me diferencia del ciego, y que es algo mágico y, en modo alguno, objeto de razón.

Hay mucho más de rastreo materialismo en el necio racionalismo humano de lo que uno puede llegar a creer. Este miedo al error, que en la fuga de mis ideas me recuerda en todo y en cada momento esta manía por el dominio, hace que el hombre prefiera la imaginación de la razón a la imaginación de los sentidos. Y con todo, siempre es la imaginación por sí sola la que actúa. Nada puede cerciorarme de la realidad, nada puede cerciorarme de que no me baso en una interpretación delirante, ni el rigor de la lógica ni la intensidad de una sensación. Pero en este último caso, el hombre que ha pasado por diversas escuelas seculares se ve forzado a dudar de sí mismo: ¿por qué extraño juego de espejos ocurrió esto en provecho del otro proceso del pensamiento? Uno se lo puede imaginar. Y he aquí al hombre, víctima de las matemáticas. En consecuencia, para liberarse de la materia, se ha convertido en prisionero de las propiedades de la materia.

A decir verdad, comienzo a darme cuenta de que ni los sentidos ni la razón pueden, a no ser por un juego de escamoteos, concebirse por separado los unos de la otra, ya que sin duda, no existen más que funcionalmente. El mayor triunfo de la razón,



más allá de los descubrimientos, de las sorpresas, de las inverosimilitudes, radica en la confirmación de un error popular. Su mayor gloria consiste en dar un sentido preciso a expresiones del instinto, que los sabihondos despreciaban. La luz no resulta comprensible más que a partir de la sombra, y la verdad implica el error. Esta mezcla de contrarios puebla nuestra vida, son ellos los que le dan sabor y embriaguez. No existimos más que en función de este conflicto, en la zona donde chocan lo blanco y lo negro. ¿Y qué me importa a mí lo blanco o lo negro? Ellos pertenecen al reino de la muerte.

No quiero retener más los errores de mis dedos, los errores de mis ojos. Ahora sé que no son más que burdas trampas, pero curiosos caminos hacia una meta que nadie más que ellos me pueden revelar. A todo error de los sentidos le corresponden extrañas flores de la razón. Admirables jardines de creencias absurdas, de presentimientos, de obsesiones y de delirios. Aquí aparecen desconocidos y cambiantes dioses. Contemplaré estos rostros de plomo, estos cañamones de la imaginación. En vuestros castillos de arena, ¡qué hermosas, oh columnas de humo! Nuevos mitos nacen bajo cada uno de nuestros pasos. Allí donde ha vivido el hombre comienza la leyenda, allí donde vive. No quiero ocuparme más que de aquellas transformaciones despreciadas. Cada día cambia el sentimiento moderno de la existencia. Una mitología se ata y se desata. Es una ciencia de la vida que pertenece a aquellos que carecen de experiencia. Es una ciencia viviente que se engendra y se suicida. ¿Puedo aún, pues tengo veintiséis años, participar en este milagro? ¿Gozaré por mucho tiempo del sentimiento de lo maravilloso de cada día? Lo veo perderse en cada hombre que

avanza en su propia vida como por un camino mejor y mejor pavimentado que avanza en la costumbre del mundo con creciente comodidad, que progresivamente se desprende del gusto y de la percepción de lo insólito. Eso es lo que desdichadamente jamás podré llegar a saber.